

El Padre Cucchetti pronuncia la siguiente conferencia:

Dialogando con Monseñor De Andrea

Y esta sesión tiene también la alegría de realizarse para oír la palabra de un gran sacerdote que nos va a hablar de otro gran clérigo.

El padre Cucchetti que, como Monseñor de Andrea combina sabiamente el amor de Dios con el amor de la Patria, nos va hablar del ilustre obispo que fuera nuestro Vicepresidente.

No voy a hacer su presentación porque es sobradamente conocido dentro y fuera del país; me limito a decirle: Padre Dr. Cucchetti, tiene la palabra.

Señor Presidente de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, Dr. Guillermo Garbarini Islas.

Señores Académicos;

Miembros familiares de Monseñor Miguel de Andrea;
Señoras y Señores:

Pedirle al sabio nos hable de su ciencia, es pedirle a su inteligencia y a su pluma la explicación más perfecta y acabada de sus obras.

Pedirle al artista nos hable de la idea que acaba de encarnar en la materia o estampar en el lienzo, es pedirle algo más que al sabio, es arrojar su alma a los abismos de la inspiración.

Pero pedirle a un sacerdote que nos hable de quien, como obispo encarna la plenitud del sacerdocio, y de quien, como hombre, hizo de su vida una obra de arte, es pedirnos mucho más que al sabio y al artista. Es pedirnos los labios de oro de un Crisóstomo. La arquitectura de los discursos de Bossuet, el verbo romántico de Lacordaire, el espíritu republicano de Fray Justo Santamaría de Oro, o el hábito pobre y la elocuencia rica de Mamerto Esquiú.

Es pedirle a nuestra imaginación la imagen más hermosa y a nuestros labios las palabras más bellas del idioma. En síntesis, es pedirnos lo que está sobre el arte de la retórica y el don de la elocuencia.

Pero la inmensa capacidad de ternura, de donde brotaba espontánea la gracia de Monseñor Miguel De Andrea, nos alienta a conversar con su espíritu. Y así, al estilo de los maestros griegos, que utilizaban como instrumento de su magisterio la conversación, lo sentaré alrededor de su mesa confidencial, frente a su formidable contraste, Monseñor Gustavo J. Franceschi. Ello contribuirá a humanizar el símbolo; a darle al cuadro las luces y sombras necesarias para no caer en un panegírico, en este caso impropio, y descubrir a través del contraste su clara inteligencia y su alma desnuda.

Los árboles impiden ver el bosque, si no se los observa a la distancia. Como también el bosque impide ver el árbol si no se le observa en su interior.

En la portada de la casa parroquial de San Miguel Arcángel bien pudo escribirse aquella leyenda de un viejo castillo de Inglaterra: "A nadie pertenezco y a todos. Antes de entrar, ya estabas aquí. Quedarás aquí cuando te vayas".

Acerquémonos a su mesa. Observemos sus fisonomías y escuchemos su diálogo. En los rasgos físicos de ambos se observan, en detalle, sus contrastes temperamentales. La cabeza aureolada de Monseñor De Andrea corona sus ojos mansos con fuego íntimo de sagrario. Por el contrario, la cabeza recia de Monseñor Franceschi se exalta sobre las cejas y labios de un clásico Sileno. Se le notan los músculos del alma, aún bajo la piel, y se diría, que es un rudo gladiador de la montaña que fue al Jordán del áspero Bautista. Monseñor De Andrea se asemeja a Juan, el discípulo amado del Nazareno, que en el monte de las Bienaventuranzas escucha al Maestro y aprende sus enseñanzas y su estilo.

Escuchemos el diálogo.

Monseñor Franceschi: Existe entre nosotros los católicos, una peligrosa tendencia que llamaría nacionalista. Y es, la de confiar más en las prerrogativas y en la protección de los Gobiernos que en las propias fuerzas espirituales y morales. De una manera especial en la lucha contra el comunismo, que bajo mil máscaras se presenta y se infiltra aún en el cristianismo.

Monseñor de Andrea: Lo que tenemos que defender es la independencia de la Iglesia y las libertades cívicas de los ciudadanos frente a un mundo viciado de totalitarismo. Y ante la impostura filosófica del comunismo, que crea para el hombre una vida inmisericorde, anti-liberal y anti-cristiana, debemos proclamar la libertad de conciencia y de pensamiento, que son los únicos sitios dignos del hombre y de su creador.

Monseñor Franceschi: La más pequeña verdad escondida puede encerrar más tesoros que un continente. Debemos defender los derechos de la Verdad.

De Andrea: Mejor sería defender los derechos de las personas que buscan la verdad.

Franceschi: A mi entender, no debemos hacer una teoría idolátrica del hombre.

De Andrea: No olvides Franceschi, que Cristo se llamó “el Hijo del Hombre”. El es el Camino, la Verdad y la Vida. Y en El, están todos los hombres.

Franceschi: El peligro es crear un Humanismo racionalista y sin alma.

De Andrea: Nuestra misión es darle alma a ese humanismo.

Franceschi: Para mí la palabra y la idea constituyen la esencia del hombre.

De Andrea: Pero nosotros, sacerdotes de Cristo, a la palabra y a la idea, debemos añadirles el ejemplo, que es un pedazo de vida.

Franceschi: A pesar de todos nuestros esfuerzos, la Verdad no triunfa jamás del todo. Desde el Génesis los hombres aman más las tinieblas que la luz.

De Andrea: Los creyentes aunque somos mendigos de fuego, debemos ser la luz del mundo y la sal de la tierra. No existe mayor desgracia para el hombre que verse obligado a vivir bajo una filosofía pesimista, o una religión muerta.

Franceschi: Pero debemos cuidarnos de no levantar tronos a ciertos principios para vernos luego forzados a levantarles cadalsos a sus consecuencias.

De Andrea: Del mismo modo yo diría que no se pueden levantar cadalsos a ciertos principios para luego tener que levantarles tronos a sus consecuencias.

Franceschi: Aclárame si puedes este último pensamiento.

De Andrea: Por ejemplo el “saludable laicismo del Estado” que mereció el juicio autorizado de Pío XII el 24 de marzo de 1958.

Otro ejemplo “el liberalismo humanista” en el cual se apoya el sentido de la responsabilidad moral. Sistema opuesto a cualquier mitología del Estado. Incapaz de hacer suyo el dogma mortal de que el hombre no existe sino para la sociedad cuando a la inversa, la sociedad existe para el hombre. En el mismo sentido, en que los hombres no son para la iglesia sin la iglesia para el hombre.

Franceschi: Creo haber leído algo similar en el “Osservatore Romano”. Es la tesis de un jesuita, el Rvdo. Padre Spiazzi, que en una conferencia pública, sostuvo que el llamado liberalismo era un término equívoco. Término considerado el mayor enemigo de dogmas y jerarquías y que desde hace cien años, la Iglesia considera la raíz de todos los males modernos. Apaciguadas hoy las disputas en torno a la palabra, se estudia el exacto sentido del término y su contenido humanista, para llegar a un acuerdo, reconociendo lo que tú afirmas sobre la responsabilidad moral, la libertad de pensamiento y de conciencia, tributos esenciales de la persona humana.

De Andrea: No olvides Franceschi que la fraternidad que predicamos no sale de un Contrato Social a lo Rousseau, sino del Evangelio. Y las obras sociales, aunque trasciendan y se realicen en el campo temporal, persiguen siempre el bien espiritual del hombre.

Franceschi: Ellas no son la panacea de los problemas sociales. Son sólo maravillosas fuentes de vitalidad proyectadas hacia la sociedad. Hay que saber dar de lo que se tiene con inteligencia.

De Andrea: Es mejor dar con amor “lo que se es”. Mi biblia de acción es la “Rerum Novarum”; pero mi vida, el Evangelio. Siempre he creído que mi autoridad debía ser una mezcla de generosidad y sencillez.

Franceschi: Esa mezcla puede ser una debilidad de carácter.

De Andrea: No puedes con tu genio. Eres un león. Con virtudes y defectos de león.

Franceschi: Tú tienes la mansedumbre de un cordero. Hay que volverse a los viejos Concilios de la Iglesia, llenos de sabiduría y fortaleza para condenar las herejías. Volverse a los Concilios es volverse a las fuentes.

De Andrea: Volverse a otros Concilios es un retroceso. Una parálisis de vida. Una pérdida de toma de conciencia. La iglesia tiene el deber de no defraudar las esperanzas del hombre moderno. El Concilio Vaticano II y su creador Juan XXIII, encarnan el evangelio viviente en el mundo de hoy.

Franceschi: Mi pensamiento está más cerca de Pío XI y Pío XII.

De Andrea: No olvides Franceschi, ya que eres miembro de la Academia de Letras y a la vez gran escritor, aquella fórmula, ecuménica, por lo apostólica, que expresara Juan XXIII con motivo del segundo Congreso de escritores y artistas: “La Iglesia no se identifica con ninguna cultura, ni siquiera con la cultura de occidente, aunque su historia esté íntimamente ligada a ella. Admite una cultura cristiana negra, una cultura cristiana amarilla, con métodos intelectuales propios, artes y literaturas, puesto que no se trata de construir, como se hizo antaño una catedral gótica en Pekín”.

Franceschi: Eso es verdad en cuanto a las formas, pero no en cuanto a la esencia del verdadero apostolado. La parte espiritual y no la simplemente cultural, es la verdadera dimensión del humanismo cristiano. El hombre necesita ser salvado y no aconsejado. Un mundo técnico sin espiritualidad y sin sentimientos, no es solamente un mundo irreligioso, es un mundo inhumano.

De Andrea: Veo con satisfacción que vamos coincidiendo. Ya no te detienes sobre el espectáculo del mundo moderno con una simple mirada intelectual y curiosa, sino con una mirada enternecida de asombro.

Franceschi: No puede ser de otra manera. Nadie puede tener las razones de la filosofía o las verdades de la fe, sin haber experimentado sus desolaciones. ¡Qué abismo separa a veces a la virtud moral de la lucidez intelectual!

De Andrea: La solución hay que buscarla entonces, en la reconciliación de la ética de la inteligencia con la belleza moral del sentimiento. Su divorcio es fatal. El sentimiento es el mediador entre el pensamiento y la vida.

Franceschi: El académico francés Duhamel, al regresar de una guerra en la que había asistido como médico, terminaba su bello libro “Civilización” declarando: “Si la civilización no está en el corazón del hombre no está en ningún lugar”.

De Andrea: Querido Franceschi eres como el formidable Jacob en su lucha con el ángel. Acabas adorando aquello contra lo que luchabas.

Franceschi: Es que el destino humano pareciera ser el drama del hombre contra el ángel. Somos un poco menos que el ángel pero un poco más que las bestias. Mi vida no ha sido nada fácil. Diría difícil. Doy gracias a Dios que mi salud mental me haya mantenido alejado de las quimeras de un falso idealismo, como de la cobarde sumisión a las torpezas dogmáticas de un crudo realismo. Para mí la Humanidad no es simplemente una realidad. Es una tarea. Y en esa tarea he procurado ser siempre idéntico a mí mismo. Hay dos cosas que deben inspirarnos repugnancia: la adulación y el miedo.

De Andrea: ¡Cómo admiro tu extraordinaria inteligencia y

tu poder de convicción! En esa tarea que tú dices ser la *Humanidad*, mi palabra no es idea, sino realización. Las obras sociales son el complemento de tus ideas y fruto de mi espíritu.

Ojalá podamos extirpar definitivamente ese ganglio monstruoso de fórmulas, para hacer brotar el manantial del cristianismo. Después de todo, en último análisis, la Iglesia no es un ideal utópico a realizar, sino que existe, como existen sus miembros; seres humanos con sus virtudes y defectos, con sus vicios y concupiscencias, y los problemas están en su interior. Sólo es divina su vida sacramental. Dirá Juan XXIII: “La iglesia no es una joya, ni un Museo del arte del Renacimiento. Es la vieja fuente de la aldea, que da su agua a las generaciones”.

Franceschi: Tarea ardua y difícil; pero un grano de fe nos permitirá trasladar montañas. Nuestra recompensa será nuestra conciencia. Luchemos cada uno de nosotros a nuestro saber y entender, sin eludir responsabilidades, aunque nuestros actos sean discutidos o incomprendidos por nuestras jerarquías.

De Andrea: Hace falta de parte de nosotros un esfuerzo esclarecedor de ideas y conciencias para proponer al mundo una solución que consiga salvar la libertad sin sacrificar al hombre y proteger al hombre sin sacrificar su libertad.

Franceschi: Actualmente, en la iglesia y en los Estados, se nota una desviación mágica, que consiste en poner lo espiritual al servicio de ideologías políticas o sociales. Como si la sociología fuera el vehículo del Evangelio y no el mensaje sobrenatural del sermón de la montaña. De ahí nace la confusión o el ritualismo formalista religioso, que algunos gobiernos y regímenes totalitarios toman del cristianismo para apoyar sus estructuras, como ciertas nociones relacionadas con la propiedad privada, el bien común, que no puede ser otro que la suma de los bienes particulares y tantas teorías redentoras, contrarias al exacto sentido de las verdades cristianas. Y lo peor, que esas teorías han penetrado en los establecimientos educacionales católicos, en las clases dirigentes de gobierno y en las masas populares, de suerte que la religión se convierte en un mesianismo social o adquiere un carácter inevitable de expediente político.



Señoras y Señores:

Después de haber escuchado este intenso diálogo, creo haber logrado diseñar a través de sus ideas y reacciones características, la fisonomía espiritual de Monseñor Miguel De Andrea y la de su trascendente contraste, la de Monseñor Gustavo J. Franceschi.

Séame lícito encuadrarlos suscintamente, en su marco debido y ajustado. De manera especial, a quien hoy tributamos el homenaje de la “Academia de Ciencias Morales y Políticas” y

de quien, al decir del Dr. Adolfo Bioy: “La Academia recibiera la savia de su espíritu”.

Existe una distinción fundamental entre teorías y valores.

De un conjunto de teorías puede surgir una escuela, una filosofía, una estética. De una suma de valores surge una cultura, una nueva forma de vida, una obra de arte.

Afirmo que surge de la primera premisa, como una forma sin moldes, la figura inconfundible de Monseñor Gustavo J. Franceschi.

De la segunda, es decir, de un conjunto maravilloso de cualidades humanas, la figura brillante y estética de una obra de arte: la vida de Monseñor Miguel De Andrea.

Y como en toda obra de arte, la fuerza resalta por su contraste. Podrá tener o no la cultura de un Franceschi; pero su sacerdocio tiene la profundidad de la vida.

La acción de Monseñor Franceschi fue producto de su talento.

En Monseñor De Andrea proyección de su espíritu. Su palabra fue realización. Todas sus obras fueron el complemento necesario de sus pensamientos.

En cambio en Franceschi, pastoral de su inteligencia.

Para ambos fueron necesarias no sólo ciertas energías espirituales y morales sino además la conjunción feliz de profundas cualidades.

Para explicar sus inspiraciones felices o tristes, habrá que recurrir a sus temperamentos, fruto en ambos, de esa rica versatilidad mediterránea que los caracterizaba. Pero interiormente, sus pensamientos y acciones fueron fruto de profundas convicciones.

La voz de bronce e incansable de Monseñor Franceschi, podía compararse a la voz del coro de la tragedia griega. En cambio, la de Monseñor De Andrea, armonizaba con las luces y sombras de una vida de amor y dolor. Con sus virtudes y defectos, con sus luces y sus sombras, ambos lucharon con la espada de luz que pedía San Pablo, ceñidos con la fuerte coraza de una misma ortodoxia.

En Franceschi, la ortodoxia engendró la vida o muerte, como un signo de contradicción; aunque su lava fecundizaba vides.

La ortodoxia, en Monseñor De Andrea, brotaba natural y libre de la peña viva de su amor a Dios y al prójimo.

Si a Monseñor De Andrea se le puede atribuir una política, es la política de la lealtad. Si a Monseñor Franceschi se le podría atribuir alguna, habría que recurrir a la leyenda de aquel fogoso

corcel romano, que frena y retrocede, sólo frente a la escalinata del palacio del César. Para Franceschi, todas las casas de Gobierno, tenían algo del Pretorio de Poncio Pilato.

Los que han querido ver en Monseñor De Andrea, como en los grandes sacerdotes de nuestra independencia, una abierta oposición entre sus deberes religiosos y su adhesión a los principios de Mayo, Caseros y la Revolución Libertadora del 55, no han comprendido ni a la religión ni al espíritu de estos trascendentes y heroicos hechos históricos. Por encima de las murallas de la Iglesia y las pasiones humanas, los seres desarmados en la inteligencia y en el espíritu, se sienten atraídos hacia Monseñor Miguel De Andrea, por su irresistible don de simpatía y sobre todo por su ardiente y franca expansión hacia todas las aspiraciones libres de la vida. Al pasear su mirada sobre el horizonte en tinieblas de la Patria, nuestra esperanza florece.

Señoras y Señores:

Si un Plutarco católico pudiera compararlos, al detenerse en la figura de Monseñor Franceschi, se vería forzado, como cuentan de Miguel Angel ante un magnífico mármol de Carrara, a golpear y golpear, con arte y con genio, hasta encontrar su alma, su forma. Poseía la ambición desmedida de un corsario espiritual.

Ambición de captar con su inteligencia todos los valores del humanismo, botín precioso de su espíritu audaz y temerario.

Su alma, era un ánfora de griegos que escanciaba el vino ardiente de los francos.

En cambio, el Plutarco católico, para encontrar un símil de la vida y la obra de Monseñor De Andrea, debería recurrir a la historia estética de los personajes de Grecia. A un Temístocles, ganando la batalla más bella del Mediterráneo, cediendo su autoridad a los remeros.

No hubiera sabido, si como a Temístocles, le interesaba más la construcción de naves para resultar victorioso o si por el contrario, construía naves para salvación de sus remeros.

Fue Monseñor Miguel De Andrea un espíritu lúcido para las realidades, aunque fácil al engaño de las apariencias.

Su amor al prójimo anulaba todo complejo de agresión. Su buen carácter y su fe religiosa contenían la salud y la frescura del Evangelio. Es tan lícito considerarlo un virtuoso de la gracia como un ingenio de la naturaleza. Los teólogos y los místicos y aún los intelectuales, temen engañarse frente al hombre. Una actitud amorosa y comprensiva es sólo producto de un alma sencilla y cordial.

Vivía naturalmente el consejo evangélico: la prudente astucia de la serpiente unida a la sencillez de la paloma. Sin embargo daría mil serpientes por una paloma. En cambio Monseñor

Franceschi, usando un símil a lo Chésteron, le hubiera agradado más conversar con la astuta serpiente del Paraíso.

El mérito de ambos, consistió en ver la vida cristiana como si fuera la única aventura apasionada y gloriosa. Explicación de tantas y tan variadas actitudes personales, a veces incomprendibles para quienes no poseen la clave del maravilloso cristianismo que los impulsaba. El Dr. Ambrosio Romero Carranza, en su obra "Itinerario de Monseñor De Andrea" califica a su vida "existencia plena de luz" y agrega: "ese foco de luz actuó con la energía sus grandes amores: el amor a Dios, a la Iglesia, al prójimo y a la Patria". Y Angélica Fuselli, en su prosa salmódica escribirá este versículo: "Cada hoja de su vida, es un retable evangélico".

Por un puñado de críticos, Monseñor De Andrea y Monseñor Franceschi, tienen millares de almas dentro y fuera de la iglesia que los admiran por sus vidas y por sus obras. Sus relámpagos de luz, iluminan el Sinaí de la Ley, el monte de las Bienaventuranzas o el camino del Gólgota.

Bien pudo escribirle en cierta ocasión Monseñor Franceschi a De Andrea con toda hidalguía y grandeza moral. Líneas que bien pudieron ser de la pluma de Monseñor De Andrea a Franceschi. Escuchémoslas con recogimiento "Nada significa un siglo en la duración del universo. Van pasando sobre la tierra los hombres y las generaciones, de las cuales no somos sino una partícula insignificante. Una molécula que una mirada de Dios trajo a esta vida y otra mirada de Dios llevará al misterio de su amor. No pretendamos sublimarnos hasta querer ser un mundo, cuando no somos más que un átomo; pero esta función realicémosla cumplidamente. Seamos centros de atracción, de calor de movimiento, de energía espiritual, de vida. Y cuando llegue el momento de partir, escalemos en medio de la luz pero no solitarios. Sea nuestro ocaso el de los crepúsculos otoñales, el de las almas fecundas, no el de las estériles. De los que nada hacen y todo lo critican. De los que al caer no dejan en pos de sí ni siquiera una obra, no despiertan un dolor, no crean el gozo de una esperanza. Déjame aplicarte con toda sinceridad, lo que es fama le dijera el Rey Sol a Bossuet: "He oído a grandes oradores y de ellos he quedado admirado y contento; pero cuando os escucho y veo vuestras obras, quedo descontento de mí".

Señores:

Sobrecoge el espíritu, comprobar la humildad y grandeza moral de estos sacerdotes avanzados a su época, modelados en el crisol de una misma fe y diversificados en sus proyecciones.

Permitidme parafrasear unas hermosas palabras pronunciadas al año del fallecimiento de Monseñor De Andrea por nuestro querido ex presidente de la Academia de Ciencias Morales y Políticas Dr. Horacio Rivarola y que podrían justicieramente extenderse también a Monseñor Franceschi. "Pasó su vida

desparramando luz a su paso. Nuestro cielo azul tomó en el día de su muerte, tintes grises. Entonces quienes lo conocimos y admirábamos, al par de la grandísima pena que nos embargaba, debimos reflexionar: ¡Las cumbres no están sólo en las montañas!”

A cuyo hermoso pensamiento permitidme agregar: ¡las cimas sólo pueden medirse por los abismos que coronan!

Señores académicos;

Señoras y Señores:

Quedaría muy complacido si al evocar estas dos grandes almas sacerdotales, con sus formidables contrastes temperamentales, haya sugerido en vosotros, la imagen de esos pequeños bosques de pinos, o de álamos plateados, detrás de los cuales se adivinan, la campiña en flor, el río o el precipicio y cuyas sombras sólo las vencen las auroras.

Quedaría complacido si éste mi relato os dejara un vago pero dulcísimo sentimiento del infinito.
